

Jornadas Internacionales Domingo Faustino Sarmiento. Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 1988; 356 pp.

En octubre de 1988 el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Comahue organizó unas Jornadas en homenaje al centenario de la muerte de Sarmiento. El libro que aquí se reseña reúne diecisiete ponencias y tres mesas redondas presentadas a lo largo de una semana, durante la cual diversos investigadores analizaron la obra del escritor y político argentino.

Una de las más agudas participantes de las Jornadas, Adriana Rodríguez Pérsico, dice al comienzo de su trabajo ("La teoría estético-política de los *Viajes*"):

La costumbre de leer a Sarmiento desde las dicotomías nos entrapa al punto de que a menudo caemos en la domesticación de la escritura borrando las contradicciones para instalarnos en un seguro maniqueísmo (p. 89).

Efectivamente, la figura de Sarmiento, por su acción política, por el pensamiento que encarna (o que se le hace encarnar), por las dicotomías que él mismo levantó como bandera ("civilización o barbarie"), durante mucho tiempo despertó odios enconados e incondicionales adherencias. Los sigue despertando, ciertamente. Sin embargo, ese maniqueísmo empieza a superarse en aras de una visión más amplia, más comprensiva, que ubica a la persona —y a su obra— dentro de un contexto, y la analiza en medio de sus contradicciones, de donde nace, precisamente, su enorme vitalidad. Porque cada página de Sarmiento propone un diálogo al lector de hoy, un diálogo que puede ser discusión, desafío, aceptación o rechazo de la provocación que muy conscientemente plantea en cada página. Como dice Borges, a Sarmiento "no lo abruman ni el mármol ni la gloria", aunque sus seguidores se empeñen a veces todavía en convertirlo en estatua de mármol —quizás, en buena medida, porque las estatuas son mudas, y a veces es peligroso dejar hablar a Sarmiento.

Las dos recopilaciones de textos publicadas para su centenario que han llegado a mis manos —el número de la *Revista Iberoamericana* coordinado por Beatriz Sarlo, y estas *Jornadas*, coordinadas por Ángela Di Tullio— coinciden en un enfoque que trata de esquivar ese "seguro maniqueísmo" señalado por Rodríguez Pérsico, para abrirse a los significados plurales de una obra tan rica como la de Sarmiento.

No todos lo logran (¿quizás porque no lo buscaron?). No me parece casual que en estas *Jornadas* las dos posturas empeñadas en "justificar", en "santificar" a Sarmiento, negando los "cargos" que sus "enemigos" levantan contra él, provengan de dos representantes oficiales, en este caso, del gobierno alfonsinista entonces en el poder: Hebe Clementi, de la Secretaría de Cultura, se empeña (p. 61) en "redimir"

[sic] a Sarmiento de la “tacha” de “liberal” (un término negativo en Argentina, por contraponerse a “nacional”, pero del que el propio Sarmiento jamás aceptaría renegar). Cabe acotar, además, que la ponente deja en el tintero los motivos que, según su criterio, posibilitarían esa “redención”.

Por su parte, Mabel Bellucci, de la Subsecretaría de la Mujer, se empeña en demostrar lo indemostrable: que Sarmiento concedía a la mujer el papel que —suponemos— la Subsecretaría a su cargo pretende darle. En aras de esta lucha perdida, se maneja una información superficial, desconocedora de los propios textos de Sarmiento, y se hacen afirmaciones sin sustento (“Pese a que Sarmiento no expresó públicamente un juicio sobre el sufragio femenino generó en su tierra un *clima permeable* [?] a la participación de las mujeres”, p. 297).

La tónica de las *Jornadas*, sin embargo, no va por estos trillados caminos. Al contrario, uno de sus centros de interés radica en las nuevas propuestas de lectura de la obra del escritor. Hay “simpatías y diferencias” entre los distintos ponentes, por supuesto. Sin embargo —y el hecho de que coincidan en el corpus y en los temas seleccionados con los que aparecen en el homenaje de la *Revista Iberoamericana* hace pensar necesariamente en la existencia de un pensamiento crítico común a una generación—hay una unidad esencial, dada por la óptica con que se percibe a Sarmiento: “Sarmiento como escritor *fundacional* de la literatura argentina [...] *inaugurando géneros*: el ensayo, la autobiografía, el relato de viajes”, como dice A. Di Tullio (p. 17). A la vez, se analiza al mismo Sarmiento como un personaje literario. La creación de su “yo autobiográfico”, de su propio mito personal —objetivo de toda autobiografía— es uno de los puntos de análisis que concentran la atención de la mayor parte de los ponentes. Hecho que, por una parte, impone la propia lectura de Sarmiento, en cuya obra lo autobiográfico, lo confesional, aparece en ocasiones más explícito que en otras, pero jamás está ausente. Por otra parte, remite a una de las tendencias actuales de la crítica, que atiende (a partir de textos fundadores como los de Lejcune, por ejemplo) a obras que, por considerarlas difícilmente clasificables en los géneros tradicionales, hace un tiempo se relegaban a las líneas finales que informaban sobre un autor en las historias de la literatura: es el caso, precisamente, de las autobiografías, o de los relatos de viajes.

Otro punto digno de destacar en estas ponencias: entre las múltiples lecturas que Sarmiento admite, algunos eligen *leer a sus lectores*, y analizan la *recreación* que éstos realizan del texto primigenio, de acuerdo con el contexto histórico en que se insertan, con su ideología, con su proyecto personal, con los mitos que a su vez quieren crear (de sí mismos, de su país, de su literatura).

Resulta revelador que en su excelente ponencia (“1911: el otro centenario y la construcción del mito”), M. Teresa Gramuglio proponga “hacer una lectura de las lecturas de Sarmiento”, lo cual “podría re-

sultar un trabajo bastante iluminador para nuestra historia literaria”: Rojas, Gálvez, Mallea, Martínez Estrada, Borges, leyendo a Sarmiento (p. 326). Y que justamente, como recogiendo su propuesta, sea ése el tema de otra de las ponencias destacables de estas *Jornadas*: en “Sarmiento: estrategias de la apropiación”, Alfredo Triana y José Luis de Diego trabajan cuatro textos sobre Sarmiento: el de Lugones (al que analizan bajo la perspectiva de “la apropiación de clase”), Rojas (“la apropiación épica”), Aníbal Ponce (“la apropiación del discurso”) y Martínez Estrada (“la apropiación trágica”). A través de los diferentes análisis, los autores indagan en las diversas formas que adquiere esa apropiación, en los distintos “lugares de lectura [que] revela”, en los múltiples “perfiles de «sarmientos» [que] resultan” (p. 66).

Rodríguez Pérsico tiene dos intervenciones destacadas: la ponencia que ya mencioné y su participación en la mesa redonda sobre “Sarmiento y su visita al exterior”. En ambas, trabaja a Sarmiento en su faceta de viajero, inserto en una tradición todavía muy joven entre nuestros escritores latinoamericanos que se lanzan a explorar el mundo “civilizado”: en este caso, Europa y los Estados Unidos.

En su ponencia plantea una tesis que desarrolla con sólidos argumentos: “La lectura que hace los *Viajes* de la realidad política siempre está mediatizada por algún tipo de arte [...]. Las artes visuales rigen la visión de Europa; la literatura organiza la reflexión sobre América” (p. 89). Así, en Sarmiento el arte funciona como elemento mediador en el proceso de conocer: conocer una realidad distinta, ajena, es, por un lado, una forma de apropiársela; por otro, una forma de autoconocimiento, un camino al descubrimiento de la propia identidad —identidad que Sarmiento asocia siempre indisolublemente con la de su país.

En la mesa redonda R. Pérsico se detiene a examinar la “doble mirada” de Sarmiento frente al exterior: como lector (que ha reunido información previa) y como espectador, que está frente a los hechos que posteriormente relata. Apunta, también, a la actitud de “conquistador imaginario” que subyace en cada viajero. Viajar para conocer se convierte así en una estrategia de apropiación.

Destacan en estas *Jornadas* también las dos intervenciones de José Sazbón: en la mesa redonda “Sarmiento como pensador” y con su ponencia “*Facundo*: la vida de los signos”.

En la primera hace una comparación entre dos textos que aparecieron simultáneamente (1845) en latitudes muy distintas y respondiendo a contextos histórico-sociales muy disímiles: el *Facundo* de Sarmiento y *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels. Dice Sazbón:

Globalmente considerados, el *Facundo* y *La situación de la clase obrera en Inglaterra* son libros de denuncia, que razonan y documentan, sin excluir el testimonio personal del autor, la indignidad de un estado social, visto como la forma acabada de un tipo, mostrando su génesis histórica y la es-

tructuración de sus elementos, aceptando la inevitabilidad de sus presupuestos pero negando la fatalidad de su permanencia, juzgando que las contradicciones sociales han madurado para su trastrocamiento, que no puede ser sino violento, y manifestándose ya activo el sujeto de la transformación que impulsará a la sociedad a un futuro pleno, no generador de nuevas contradicciones, e identificado, consecuentemente, como el estadio más elevado del progreso de la Humanidad (p. 133).

Dado el limitado tiempo que le corresponde en la mesa redonda, se limita a mostrar, a modo de ejemplo, algunos aspectos del posible cotejo. El resultado es un análisis que a través de una sólida argumentación y una exposición muy clara llega a conclusiones que abren nuevos campos al estudio de la ya aparentemente agotada antinomia entre “civilización o barbarie”. Los dos pensadores contemporáneos utilizan los mismos términos. Pero en cada caso es muy distinta la carga semántica. Para Sarmiento, la barbarie es el resultado de la vida en las campañas, y sólo podrá ser superada por la “asociación” que tiene su forma más elevada en las ciudades. Para Engels, en cambio, “barbarie” es igual a “demasiada civilización” (p. 137), es decir, es el resultado de un sistema inhumano, que sólo podrá ser superado por “un paso superior en la escuela de las formas de asociación histórica, que es el socialismo” (*ibid.*).

En “*Facundo: la vida de los signos*”, Sazbón desarrolla, a partir del concepto de Saussure, la importancia “estratégica” que tienen en particular en esta obra de Sarmiento (aunque también trabaja otros textos) determinados signos que se convierten en exponentes de un sistema de pensamiento, de una forma de vida, de un grupo social, de una ideología: el traje (vestirse como gaucho o vestirse a la europea puede ser revelador de un cambio de actitud, de un proceso interior hacia la “civilización” como el que, según Sarmiento, se va dando en *Facundo* Quiroga al instalarse en Buenos Aires); el color —en este caso el rojo, símbolo federal cuyos significados “bárbaros” rastrea Sarmiento a lo largo de la historia y de la geografía. En *Facundo*, dice Sazbón, Sarmiento desarrolla “toda una hermenéutica de los signos” (p. 182). Y su ponencia contribuye a una renovada lectura de este ensayo fundamental para el pensamiento latinoamericano.

M. Teresa Gramuglio interviene también en dos ocasiones: 1) en la mesa redonda sobre “Sarmiento y la autobiografía”, donde su participación se destaca por la precisión de su enfoque —la autobiografía: una escritura contra la muerte—, y por no sentirse obligada, como sí ocurre con sus compañeros de mesa —Jitrik, Rosa, Catelli— a recurrir a una terminología abstrusa ni a invocar constantemente las sombras protectoras de los pontífices del psicoanálisis o de la crítica literaria hoy en boga entre nuestros intelectuales latinoamericanos. 2) Con su ponencia “1911: el otro centenario...”, donde analiza, frente a la con-

fluencia de dos centenarios (el de la revolución de mayo, 1810, que marca el inicio del proceso de emancipación, y el del nacimiento de Sarmiento, 1811) la manera como dos escritores nacionalistas de gran significación, Rojas y Lugones, insertan la figura de Sarmiento dentro de sus “estrategias fundacionales de la literatura argentina a la que debían dotar de una épica, de una tradición y de una historia, con sus textos liminares y sus héroes arquetípicos” (p. 320). Así, una figura muy polémica en vida, y desaparecida de la escena hacía apenas dos décadas, se ve elevada, por obra y gracia de los intereses y las necesidades de una nueva generación intelectual, a la condición de mito fundador, de mito que sustenta —presuntamente— una nacionalidad. Presuntamente, sí: porque, como concluye Gramuglio, frente al paso del tiempo, “las piedras fundamentales resultan ser, más bien, piedras movedizas” (p. 330).

El resto de las ponencias, que no comento aquí para no extenderme en exceso, aunque de calidad diversa, nunca dejan de presentar algún enfoque novedoso sobre los textos sarmientinos.

A Catelli habría que reprocharle la falta de información sobre el tema elegido para su ponencia: “Las cartas españolas de Sarmiento (la idea de la decadencia)”, ya que para estudiar un texto como el de los *Viajes* es imprescindible conocer el momento histórico en que Sarmiento los realiza. Catelli comete el error de adjudicarle al duque de Montpensier, uno de los numerosos hijos de Luis Felipe, el papel de consorte de Isabel II, cuando con quien se casó fue con Luisa Fernanda, la hermana menor. A Isabel le “tocó”, por razones políticas, su pacífico primo Francisco de Asís. Si Sarmiento, que asiste a estas dobles bodas —narradas por Galdós en uno de sus *Episodios nacionales*— destaca la figura de Montpensier y guarda total silencio sobre el rey consorte, es precisamente porque el primero se presenta rodeado de un halo novelesco y de un peso político de que carece por completo el opaco marido de la reina.

En otros casos cabe lamentar que los autores de las ponencias parezcan partir del presupuesto de que la crítica literaria debe tener por función oscurecer un texto, en lugar de tender nuevos puentes entre él y el lector. Párrafos como los que pueblan, por ejemplo, la p. 336 del artículo de N. Rosa, dan la impresión de tener como objetivo persuadir al sufrido lector de que leer a Sarmiento es tarea reservada a unos pocos elegidos.

Para concluir, hay que lamentar también que el esfuerzo que significa publicar un libro en estos tiempos de crisis no ofrezca el resultado que sería de desear, por falta de un trabajo atento y cuidadoso en el proceso de edición. En el volumen no hay página sin su respectiva errata, alguna de las cuales altera totalmente el sentido del texto (p. 53, línea 2: debería decir “evidentemente *no* el *Facundo*”); hay una página en blanco (p. 346), que deja un hueco considerable en el texto; la división tipográfica de las palabras al final de la línea es en muchos casos

incorrecta; se deslizan faltas de ortografía (“espúreos” por “espurios”) y se insiste con perseverancia en errores de puntuación, como colocar punto después de un signo de interrogación.

MARGARITA PIERINI
El Colegio de México

IRIS M. ZAVALA, *Rubén Darío bajo el signo del cisne*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989; 153 pp.

Dos premisas —“la literatura hispanoamericana —los modernismos en este caso— equivale a un programa político, social y estético y el modernismo es una escritura, un discurso anti-institucional que tiene como cometido institucionar la nueva, moderna literatura” (p. 6)— encierran en su formulación tanto el propósito cuanto la demostración de Iris Zavala: proponer una amplia y comprehensiva revaluación crítica del modernismo hispanoamericano a través de la identificación de los procesos de formación geopolíticos, históricos y culturales de la lírica de fin de siglo y la reinserción de las funciones de los mismos así como las características del proyecto modernista dariano en el discurso social.

Por tanto, Zavala ataca de frente la denominación de un arte de evasión, por la cual se entiende que la imaginación creativa del artista huye de la vida real hacia un universo imaginado de belleza perfecta, desconectado de la comunidad social y de las circunstancias históricas a las cuales remite, sin embargo y en última instancia, el producto artístico, o sea el artefacto sociocultural. Rebelarse contra esa construcción ideológica que declara el aislamiento del acontecimiento de la creación artística (modernista) en la llamada “torre de marfil”, significa restituir a la actividad creadora su socialidad (colectiva) y proporcionar una elaborada teoría de lo imaginario social: “una forma de representación de la realidad, desde el punto de vista del sujeto social semiótico, y cómo éste refracta la ideología. Es decir, un grupo que se imagina solidario de sus propios valores y coherente con su proyecto colectivo” (p. 9 n.).

Mediante un primer acercamiento a la obra dariana, Zavala observa que se instala con la *poética social* de la modernidad una “reflexión en la encrucijada de dos experiencias: la afirmación y la negatividad” (p. 15). Sobre el “eje del adentro y del afuera, se persigue una identificación entre dos realidades que hasta entonces habían vivido una realidad más independiente: América y la producción cultural” (p. 23). Pero, más que la nueva identidad, la moderna/ista en sí, lo que Iris Zavala explora, magistralmente, es la manera en la cual los procesos de la es-